

vuestra señoría.» ¿No es un ejemplar exquisito de sabiduría legislativa?

Tengo que hacer punto. Cuando empiezo á escribir para Inglaterra, corre mi pluma como si nunca hubiese de detenerse.

Siempre suyo afectísimo,

T. B. M.

*A Francisca y Selina Macaulay.*

Utacamund, 10 de Agosto de 1834.

Mis queridas hermanas: El mes pasado envié una extensa descripción de mi viaje y de este sitio á Margarita, como la persona de la familia de residencia más segura, rogándole que os diese á leer á todos lo que la había escrito. Creo que seguiré adoptando el mismo procedimiento. Es mejor escribir un relato integro y enlazado que muchos retazos incompletos.

Los asuntos de dinero marchan en grande, según todas las apariencias. Mis gastos serán menores de lo que calculé, y, si vivo, me haré rico pronto. Me regocijo á la idea de aparecer como un hombre aprovechado, como un ricachón, como un mozo de cuenta que sabe agenciárselas. No es este un arte en que han brillado mucho los Macaulays; pero yo puedo aseguraros que, después de las próximas Navidades, espero ahorrar por término medio unas siete mil libras anuales mientras esté en la India.

Por Navidad mandaré á casa mil ó mil doscientas libras para mi padre y para todos vosotros. No puedo deciros qué consuelo es para mí saber que podré hacer eso. Es lo que me reconcilia con todas las penas

del destierro—bastante agudas á veces, Dios lo sabe.—Dentro de pocos años—probablemente en menos de cinco, á partir de la fecha en que leeréis esta carta—volveremos á estar juntos en una casa cómoda, aunque modesta; teniendo asegurados un buen fuego, un buen plato de carne y un buen vaso de vino; sin deber favores á nadie, y perfectamente indiferentes, por lo que afecta á nuestro interés pecuniario, á las vicisitudes de la política. Estad seguras, queridas niñas, de que no hay peligro de que mi corazón se enfrie para con vosotras. Vine principalmente por salvar á mi familia, y no es fácil que aquí la olvide.

Siempre vuestro,

T. B. M.

Macaulay pasó los meses de Julio y Agosto en los Nilguiris, en un clima comparable al de Madera y fortificante como el de Braemar, donde llenan los valles y visten las cumbres bosques de rododendros, y donde embalsaman el ambiente el aroma de rosales, más apropiados por su tamaño para un huerto de frutales que para un cuadro de flores, y el perfume de espesuras de heliotropos gigantescos. Los esplendores de los bosques y los jardines le impresionaban, á pesar de su profunda ignorancia botánica, y más de una vez se detiene á hablar con complacencia de su «Cottage sepultado entre citisos, ó cosa parecida, y geránios que crecen al aire libre». Tenía tanta más holgura para recrearse en las bellezas naturales del sitio cuanto que no había mucho más que interesara ni aun á un viajero recién llegado de Inglaterra.

«Hasta aquí he visto poco de la idolatría de la India; y eso poco, aunque excesivamente absurdo, no peca

de atroz ni de inconveniente. Nada de eso hay en Utacamund. Durante las seis semanas últimas no he presenciado ningún hecho de donde pudiera inferirse que este es un país pagano. La masa de los indígenas de aquí es una colonia de las llanuras inferiores que ha venido tras los visitantes europeos, y que parece preocuparse muy poco de castas ni de religión. Los todas, la población aborígen de estos montes, son una raza muy curiosa. Hace poco celebraron un gran funeral. Yo hubiese ido, á no ser día de Consejo; pero luego supe que no había perdido nada. Toda la ceremonia se redujo á sacrificar novillos á los manes del difunto. El mugido de las pobres víctimas era horrible. La gente estaba hablando y riendo hasta que se hacía una señal dada, y entonces las mujeres daban voces y lloraban. No he vivido yo treinta y tres años en este mundo para no saber que los becerros berran cuando los matan y que las mujeres lloran cuando quieren.

»Por todo lo que sé, los católicos constituyen la porción más respetable de los cristianos indígenas. En cuanto á los cristianos de Tanjor, son un completo escándalo para la religión que profesan. Hace un año hubiera parecido poco menos que una blasfemia decir esto; pero ahora se considera impío decir otra cosa, porque esa gente se ha enzarzado en una violenta querrela con los misioneros y el obispo. Los misioneros se negaron á tener en cuenta las distinciones de casta para la administración del sacramento de la eucaristía, y el obispo los apoyó. No pretendo fallar si iban ó no acertados. Swartz y el obispo Heber opinaban que la distinción de castas, aunque discutible políticamente, era aún una distinción de rango; y que, así como en las iglesias de Inglaterra, la gente

distinguida suele recibir el sacramento separadamente de los pobres de la parroquia, así debe permitirse á los indígenas de casta superior comulgar separadamente de los parias.

»Pero, suponiendo que tuviesen razón en un principio, los cristianos de Tanjor se han dado trazas para perderla. Solicitaron la intervención del gobierno, y elevaron tales peticiones y memoriales como yo nunca vi antes ni después: un tejido de mentiras, invectivas, jactancias, hipocresía, gramática pésima y risible, y citas de textos de la Escritura sin la menor aplicación. Tengo en la memoria un pasaje, que no es sino una muestra del conjunto: «Los misioneros, señor, que no miran más que al vil lucro, quieren que tomemos el santo manjar en compañía de los parias, que viven asquerosamente, que tocan cadáveres, que beben *rack* y *toddy*, que barren las calles, todos gente baja y ruin, contra lo que dice San Pablo: No me propuse conocer nada entre vosotros, sino á Jesucristo, y éste crucificado.»

»¿Hubo nunca cita más apropiada? Yo creo que nadie de ninguno de los dos bandos dió con un texto que viniese más á cuento que uno que yo cité en el Consejo de la India, cuando discutíamos el asunto: «Si esta es una cuestión de palabras, de nombres y de leyes vuestras, examinadla vosotros: porque yo no seré juez de tales cosas.» Pero, aunque, como Gallión, los despaché de mi tribunal á ellos y á sus peticiones, no pude menos de decir á uno de los misioneros, que está aquí en las Montañas, que me parecía sensible desgarrar así la Iglesia de Tanjor por una cuestión que hombres como Swartz y Heber no se habían inclinado á mirar como esencial. «Señor—dijo el reverendo—cuanto antes se disuelva la Iglesia de Tanjor,

tanto mejor. No puede usted tener idea de la indignidad de los cristianos de allí.» Yo no podía entrar en discusiones con él sobre ese punto, pero tampoco podía menos de pensar, aunque fuese demasiado atento para decirlo, que no valía la pena de que tantos buenos hombres recorriesen quince mil millas por mar y tierra para hacer prosélitos que, según sus propios instructores, eran más hijos del infierno que antes.»

Desgraciadamente la estancia de Macaulay en los Nilguiris coincidió con los monzones. «La lluvia caía á torrentes. Era muy raro que yo pudiese ver á cien varas de distancia. Durante un mes seguido no poseí dos horas.» El empezaba á aburrirse por primera y última vez de su vida; y sus compañeros, que no tenían sus recursos, se consumían de languidez. Las distracciones ordinarias con que nuestros compatriotas suelen entretener la estación de las lluvias en las partes mejor dispuestas de la India, faltaban en aquella residencia acabada de conquistar al desierto, y en cuyas mismas inmediaciones estáis expuestos «á que os aplaste un elefante ú os devoren los tigres, que prefieren esas alturas á las llanuras de abajo por la misma razón que trae á la India á tantos europeos: afrontan un clima adverso por lo que puedan agenciar». Allí no había más libros que los que había llevado Macaulay, entre los cuales se encontraba felizmente *Clarisa Harlao*. Ayudado por la lluvia de fuera, no tardó en atraer el interés general hacia su novela favorita. El lector perdonará con gusto alguna inexactitud por oír contar el caso á Thackeray.

Le hablé una vez acerca de *Clarisa*. «¡No haber leído *Clarisa*! —exclamó.—Si hubiese usted leído *Clarisa* alguna vez, y se hubiese visto cautivado por ella, no hubiera podido dejarla. Cuando estuve en la India,

pasé una estación de calor en las Montañas; y allí estaban el gobernador general, el secretario del gobierno, el general en jefe y sus mujeres. Yo llevaba conmigo *Clarisa*; y en cuanto empezaron á leer, todo el mundo quedó subyugado por Miss Harlow y excitado por sus infortunios y por el bribón de su Lovelace. La mujer del gobernador se apoderaba del libro; el secretario le esperaba; el jefe de la magistratura no podía leerle de emoción.» Él reproducía toda la escena, paseando de arriba abajo la biblioteca del Athenæum. Yo apuesto á que hubiera podido estarse hablando horas del libro, de aquel libro y Dios sabe de cuantos otros.

Un viejo doctor escocés, jacobino y librepensador, que no aportaba por la iglesia á menos de mandársele terminantemente el gobernador general, se enterneció con el tercer tomo (1) hasta el punto de no poder presentarse á la mesa. El primer secretario, héroe y víctima después, como sir William Macnaghten, del episodio más sombrío de nuestra historia india, declaraba que la lectura de aquel libro, bajo la inspiración del entusiasmo de su dueño, formaba verdadera época en su vida. Treinta años después, cuando hacía tiempo que Utacamund disfrutaba del beneficio de un círculo de lectura y de una biblioteca circulante, todavía se perpetuaba la tradición de Macaulay y de su novela

(1) Para los lectores de nuestro tiempo se ha hecho un compendio de *Clarisa*, que es aún tan largo como una novela ordinaria. Mejor que comprar el compendio sería empezar el original en el tercer tomo. De igual suerte, si alguien, después de oír á un amigo más animoso un resumen de la historia de lada Clementina, leyese *Sir Carlos Grandison*, saltando todas las cartas de italianos, á italianos y acerca de italianos, vería que había dado con un libro muy ameno.

con una tenacidad poco común en la sociedad continuamente renovada de una estación india.

»Por fin lord Guillermo me dió permiso para ausentarme. Se reunieron mis portadores; se prepararon mis palanquines, é iba yo á partir al otro día, cuando ocurrió un suceso que puede daros alguna idea del estado de las leyes, de la moral y del proceder de los indígenas.

»Mi nuevo criado, un cristiano, pero no un cristiano como los que hacen los misioneros en esta parte del mundo, había sido perseguido muy despiadadamente á causa de su religión por los criados de algunos otros europeos de las Montañas. A la postre lograron excitar contra él (no puedo decir si justa ó injustamente) los celos de un ayuda de cocinero de lord Guillermo. Tuvimos, pues, una soberbia trigi-comedia, en que representaba el papel de Otelo el susodicho ayudante de cocina; el de Desdémona su mujer, una paria fea y desgarbada; el de Yago el criado del coronel Casement; y el de Miguel Cassio mi belitre. Hacía las veces del pañuelo un trocito de azúcar cande que se vió chupar á Desdémona, y que había pasado de mi despena á sus dedos. Si yo tenía alguna parte en la obra, me temo que era la de Rodrigo, «caballero mentecato» según Shakespeare, y que también parece haber tenido «dinero en su bolsa».

»La víspera de mi partida por la noche sitió mi casa una turba de pillos. Con ellos estaba el juez indígena. Después de un guirigay prodigioso, del cual no pude entender ni una palabra, llamé á mi cuarto al juez, que habla el inglés medianamente, y por él supe de qué se trataba. Abrigué, y abrigo aún mis dudas, en cuanto á la verdad de la imputación. Tengo pobrísima idea de la moralidad de mi sirviente, y pobrísima idea

también de la veracidad de sus acusadores. Pero era para mí un perjuicio tan grande verme privado en aquel momento de mi servidor, que prometí arreglar el asunto á mis expensas. En circunstancias ordinarias, la cosa hubiese sido bastante fácil, porque los indios de las castas inferiores no son muy delicados en estas materias. El marido hubiese tomado muy contento unas cuantas rupias, y se hubiera ido tan campante; pero los perseguidores de mi criado exigieron que se le sometiese á juicio para tener ellos el placer de salpicarle de porquería, de darle una tunda, de tocar los calderos delante de él y pasearle en burro mirando hacia atrás.

»Como no pudo arreglarse el asunto, supliqué al juez que despachasen el juicio enseguida; pero la canalla insistió en que no debía celebrarse en algunos días. Discutí con ellos en tono amable, diciéndoles que tenía que marcharme al día siguiente, y que, si detenían á mi criado, fuese culpable ó inocente, perdería su colocación. El tono suave y razonable de mis observaciones no sirvió más que para aumentar su atrevimiento. Están tan acostumbrados á que los pisoteen los fuertes, que siempre interpretan la dulzura como un signo de debilidad. El juez me dijo que él nunca había oído á un caballero hablar al pueblo tan suavemente. Pero entonces se me había acabado ya la paciencia. Empezaba á hervirme la sangre ante aquellos alardes descocados de odio rencoroso y de injusticia descarada. Me senfé, y escribí unas cuantas líneas al comandante, suplicándole que ordenase celebrar el juicio aquella misma noche. Se reunió el tribunal, y se pasó toda la noche disputande violentamente. Por fin, el juez proclamó inocente á mi criado. No supe entonces, sino algunos días después, que ese respecta-

ble magistrado había recibido en aquella ocasión veinte rupias.

»El marido hubiese tomado entonces muy contento el dinero que rehusó el día antes; pero yo no le di nada. Los tunos que habían promovido el enredo estaban furiosos. Mi criado debía emprender la marcha á las once de la mañana, y yo debía salir á las dos. Apenas traspasó él la puerta, oí griterio. Miré hacia fuera, y vi que la pandilla le había sacado del palanquín, arrancado el turbante, dejado casi en cueros, y parecía decidida á hacerle tajadas. Eché mano á un bastón de estoque, y me precipité en medio de ellos. Todo lo que pude hacer fué acercarme al cuitado, y durante un momento creí mi persona tan en peligro como la suya. Sostuve al mísero en mis brazos, porque, como la mayoría de sus compatriotas, es un mandria, y estaba casi desvanecido. Mi honrado barbero, antiguo soldado al servicio de la Compañía, corrió en busca de auxilio, y no tardó en volver con algunos agentes de policía. Mandé á los portadores que volviesen, y me fuí derecho á casa del comandante. No tuve que detenerme allí mucho. No cabe imaginar nada más expedito que la administración de justicia en este país, cuando el juez es un coronel y el querellante un consejero. Conté el caso en tres palabras. En tres minutos se llevaron presos á los revoltosos; y mi criado, custodiado por un soldado indígena, se puso bonitamente en camino, fuera de peligro.»

Al otro día por la mañana temprano empezó Macaulay á atravesar el puerto.

»Después de una hora de bajada salimos de las nubes y la humedad, y se extendió á nuestros ojos la llanura de Maisur, vasto océano de follaje donde brillaba el sol esplendorosamente. Soy muy poco dado á

derrochar retórica sobre las bellezas de la naturaleza, pero casi se me saltaron las lágrimas. Salí del palanquín, y bajé delante de él la inmensa pendiente. En dos horas descendimos cerca de tres mil pies. A cada vuelta del camino se nos ofrecía el interminable bosque bajo algún nuevo punto de vista. Me llamó mucho la atención la semejanza de esa gran selva, tan antigua como el mundo y plantada por la Naturaleza misma, con las hermosas obras de los grandes jardineros paisajistas de Inglaterra. Era exactamente un parque de Wentworth de la magnitud de Devonshire. Después de llegar al pie de los montes, atravesamos una serie de panoramas que hubieran podido formar parte del Edén. Jamás vi árboles tan gigantescos. En un cuarto de hora pasé por delante de cientos, el menor de los cuales podía sostener la comparación con cualquiera de esas gigantes cas encinas que se enseñan en Inglaterra como prodigios. La hierba y las flores silvestres suben á la altura de mi cabeza. El sol, casi un extraño para mí, brillaba ahora espléndidamente; y cuando, ya avanzada la tarde, volví á bajar del palanquín y miré atrás, vi á veinte millas la gran cumbre montañosa de donde había descendido, sepultada aún en la masa de niebla y lluvia en que había yo vivido durante semanas.

»El martes 16 me embarqué en Madrás. En el viaje á Calcuta me entretuve en aprender portugués, y me impuse en ese idioma casi todo lo que yo me proponía. Leí los *Lusiadas*, y ahora estoy haciéndolo por segunda vez. Confieso que me ha desilusionado Camoens; pero tantas veces me ha engañado mi primera impresión en esas materias que aún espero poder unir mi voz á la de la gran masa de los críticos. Nunca he leído un libro famoso extranjero que no quedase, en

la primera lectura, por debajo de mis esperanzas; excepto el poema de Dante y el *Don Quijote*, que fueron prodigiosamente superiores á lo que yo me había imaginado, y eso que en estos casos no había yo puesto bajas mis esperanzas.»

No tuvo mucho tiempo para sus estudios de portugués. El viaje fué extraordinariamente rápido; el buque no empleó más que una semana en el golfo de Bengala y cuarenta y ocho horas en el Hugly. Encontró á su hermana cómodamente instalada en el edificio del gobierno, donde él mismo sentó sus reales durante las seis primeras semanas, porque lady Bentinck estaba muy prevenida en su favor por las cartas de su marido, más de una de las cuales terminaba con las palabras: «*e un miracolo.*» Hacia mediados de Noviembre, Macaulay puso casa, viviendo como siempre le gustó vivir, algo más en grande de lo que demandaban las estrictas exigencias de su posición. Su residencia, entonces la mejor de Calcuta, se ha convertido mucho tiempo después en el Club de Bengala.

*A Macvey Napier, Esquire.*

Calcuta, 10 de Diciembre de 1834.

Querido Napier: Al asunto ante todo. Por fin mandé á usted el artículo sobre Mackintosh, artículo que podrá pecar de todo menos de corto. Como yo deseaba transmitirle á Inglaterra por duplicado, si no por triplicado, me pareció lo mejor hacer imprimir aquí toscamente, bajo el más riguroso secreto, dos ó tres ejemplares. Así, los cajistas de Edimburgo no tendrán que molestar en descifrar el original, y el corrector de pruebas se encontrará con su trabajo hecho.

La desgraciada imbecilidad, y la aún más desgraciada malevolencia del editor, me han indignado, como verá, no poco. Supongo que las relaciones de Longman con la Revista no serán óbice para que inserte usted lo que digo sobre el particular; Southey y Lockhart han tratado sin conmiseración en la *Quarterly* á los editores de Murray; y sería fuerte cosa que nosotros no pudiésemos dar un buen varapalo en la *Edimburgo* á un ofensor de Mackintosh.

Ahora voy á empezar otro artículo. El asunto no le he decidido aún; quizá la poesía caballeresca de Italia, para lo cual ofrece una ocasión excelente la edición de Boyardo publicada por Panizzi; quizá el tomito de los *Caracteres* de Burnet, publicado por el obispo Jebb. Esto me recuerda que tengo que acusar el recibo de un cajón de Longman, que contiene este librito y otros libros de mucho más valor, como la *Correspondencia* de Grim, las *Cartas* de Jacquemont y varias obras extranjeras sobre jurisprudencia. Todo lo que ha enviado usted hasta ahora ha sido elegido acertadísimo. Y puesto que estoy con las manos en la masa, citaré unos cuantos libros que necesito, y que no es fácil que encuentre aquí: la *Historia de Venecia*, de Daru, la *Conjuración de Venecia*, de St. Real, las obras de Fra Paolo, la *Crónica* de Mostrelet y el libro de Coxe sobre los *Pelhams*. También me gustaría tener una edición verdaderamente buena de Luciano.

Mi hermana desea que envíe á usted afectuosas memorias. Recuerda con el mayor placer su visita á Edimburgo y la hospitalidad de usted. Lllaman á Calcuta, y no sin cierta razón, la ciudad de los palacios; pero yo no he encontrado en Oriente nada semejante á la vista que se descubre desde Castle Rock, ni es-